

Geografía electoral

José Ignacio González Faus

política

Ahora que no hay en el horizonte ninguna contienda electoral inmediata, me parece un buen momento para examinar un poco a los votantes españoles. Sin ningún afán de propaganda política, pero sí con un interés sociológico que nos ayude a conocernos como ciudadanos de esta complicada entidad llamada España. Las líneas que siguen sólo quieren ser un primer apunte, que debería ser completado por aportaciones y experiencias de otros muchos, y por algún trabajo de campo realizado por especialistas.

Como los mapas de la tierra fueron perfeccionándose con el paso del tiempo, este mapa de votantes sólo pretende ser un primer esbozo intuitivo, pero que puede aportar algo de interés sociológico.

Una primera observación introductoria: los partidos políticos son hoy, en buena parte, como iglesias. En este sentido tienen su núcleo de fieles incondicionales, fundamentalistas muchas veces, que los votarán siempre hagan lo que hagan: porque no votan a un partido, sino a una convicción, a una ideología o a un sentimiento. O, a lo más, no votan a un partido, sino «contra otro».

Por eso, cuando llegan las elecciones el interés de los partidos se

suele dirigir sobre todo a ese porcentaje que llaman «indecisos» que son los que hay que ganarse. Pero este grupo de indecisos es de gran heterogeneidad: hay en él desilusionados o incluso «cabreados» (por paro, por corrupción, etc.). Hay también unos cuantos «ilustrados» o individuos más reflexi-

un rasgo común creo que sería el afán de orden, seguridad y tranquilidad, aderezados de mil maneras diferentes; no es un afán despreciable, sino muy humano; pero puede convertirse en una tentación que corrompe toda religiosidad

vos, cuyo voto oscila según los contextos. Y está también el grupo de «apolíticos» cuya indecisión no se limita al partido a votar, sino al hecho mismo de votar. Naturalmente, esas variedades no se reflejan en las encuestas, y ello hace que los políticos den con frecuencia pallos de ciego y hagan promesas totalmente falsas en las campañas: grave error que, a la larga, sólo

contribuye a aumentar el número de indecisos.

En estas líneas voy a prescindir de esos indecisos, y me limitaré sólo a un rápido análisis de los que he llamado incondicionales. Prestaré más atención a los dos grandes partidos que configuran el mapa político hispano. No porque sean los únicos ni los que me gustan más, sino porque son los únicos que tienen posibilidades de gobernar.

Geografía popular

«¿Partido plutocrático?». El Partido Popular tiene un gran núcleo de votantes entre las mayores fortunas del país. Millonarios, banqueros, empresarios de gran volumen... Votan en defensa de sus privilegios económicos y creen con razón que éstos están más seguros cuando gobierna el PP. Éste es el motivo por el que alguna vez he llamado al PP –sin cambiar sus siglas– Partido Plutocrático. No cabe pensar que ni los Botín, ni los Florentinos, ni los señoritos andaluces, ni el presidente de la Patronal voten a alguien que no sea el PP.

Este voto no defiende ningún interés religioso: quizás lo diga a veces, pero resulta que muchos de sus «practicantes» son hoy en día

no creyentes: forman parte de ese fenómeno cada vez más extendido al que una vez calificué como «ateísmo de derechas»¹. Esa in creencia de derechas es un rasgo novedoso en nuestra sociedad y obedece, en mi opinión, a dos factores: una cierta ilustración o barniz de modernidad facilitado por el dinero, y que percibe fácilmente el retraso y la poca credibilidad de la institución eclesiástica hoy en día. Pero además, y sobre todo, la incompatibilidad evangélica entre «Dios y el Dinero»: el verdadero y único dios de estos votantes es «Mammón»; y los intereses incon fesosados de su «teología» son que no haya subidas de impuestos, el despido libre camuflado y una pretensión de progreso que se reduce casi sólo al campo tecnológico y al crecimiento (que no desarrollo) económico, desconociendo lo que decía ya hace siglos san José de Calasanz: que eso que ellos llaman progreso «se sostiene sobre los hombros y sobre el trabajo» de una mayoría.

Partido católico. Además de éstos hay entre los fieles del PP una gran masa de católicos, no de mucha ilustración, pero sí muy buena voluntad: unas veces resultado de la falta de tacto de muchos «psocialis-

tas» prepotentes en su anticlericalismo. Otras veces resultado de esas campañas clásicas de la ultraderecha (como la de «Zapatero masón») hechas a base de eslóganes y de la convicción de que una mentira repetida acaba por convertirse en verdad. Son una masa importante de gente buena y de cierta edad, en cuya formación religiosa y humana nunca jugó casi ningún papel el sentido social: gentes bondadosas que se escandalizan por algunas posibles «células neoplásicas» de nuestro tejido social (como violencia de género, barbarie adolescente, presunto «derecho» al aborto, sensación de falta de valores en nuestra atmósfera cultural...), y parecen creer, en su sencillez, que esos males se curarían «si se rezase el rosario en familia».

Estos mismos argumentos son utilizados también por otro grupo de creyentes, más ilustrados en teoría, que forman parte de todos los movimientos de derecha que dominan en la iglesia actual y que, haciendo poco honor al nivel cultural que se les supone, se valen de aquellos argumentos para ver de compatibilizar a Dios y al Dinero; y también para sostener el estado actual de la Iglesia, evitando su necesaria reforma: porque adivinan que ese estado actual de la Iglesia resulta un buen tranquilizante para sus conciencias. Son los que,

¹ «Ateísmo de derechas», en *La Vanguardia*, 28 de mayo de 2007.

cuando Pedro Arrupe hacía un discurso diciendo que los jesuitas han de educar para la justicia, le enviaban una carta de dimisión de su cargo en la Asociación de antiguos alumnos. Los que, sin darse cuenta, son capaces de poner un mandamiento de la Iglesia por delante de un mandamiento de la ley de Dios². Los mismos que, según los evangelios, «quebrantan la voluntad de Dios por acogerse a las tradiciones de sus mayores».

Partido español. Finalmente, hay entre los votantes del PP otro grupo importante de nacionalistas. Me refiero naturalmente a nacionalistas hispánicos. Son gentes que quizá no sabrían situarse en los dos grupos anteriores: viven suficientemente bien, pero no pueden presumir de millonarios; y no son del todo increyentes, pero muchos de ellos apenas mantienen más que una fe rutinaria de la que no sabrían dar demasiadas razones. Suelen ser, naturalmente, anticatalanes y antivascos viscerales. Se han tragado y se han sentido heridos por esa prepotencia de los nacionalismos periféricos que perciben como un desprecio de ellos. Todo eso les hace enormemente vulnerables al

² Dicho de forma gráfica y aludiendo a casos reales: por debilidad humana podrán en algún momento cometer un adulterio, pero, eso sí, sin preservativo.

discurso de la «España rota» y, a la vez, convencidos de que sólo el PP puede evitar esa rotura, vistas las «veleidades» de algunos socialistas en este punto.

En resumen: si hubiese que buscar un rasgo común a todos estos grupos, creo que sería el afán de orden, seguridad y tranquilidad, aderezados de mil maneras diferentes. No es un afán despreciable, sino muy humano. Pero puede convertirse en una tentación que corrompe toda religiosidad: no la religión del Dios Mammón, pero sí la fe cristiana que, desde sus orígenes, es una llamada a «salir»: de uno mismo y del propio entorno cómodo, para ponerse en camino hacia una meta insegura. Por eso decía Bultmann que la fe consiste en «hallar seguridad allí donde no hay seguridad».

Geografía «psocialista»

Entre los votantes del PSOE me parece que se destacan sobre todo dos grupos:

La izquierda barata. Una presunta izquierda, que aún se relame los labios considerándose progresista y, por eso, superior a los demás. Pero una izquierda que, paradójicamente, ha perdido casi todo el sentido social y comulga a ciegas con aquel

dicho ya viejo de Cuca Solana: «Los socialistas también tenemos derecho a veranear en Marbella»... Hace ya años, cuando se dijo eso por primera vez, pronostiqué que ahí estaba el veneno que, a la larga, haría morir al socialismo. Y, a la larga, muchos de estos «psociatas» han quedado reducidos a los llamados izquierdistas «de cintura para abajo». Hoy cabría añadir: de cintura para abajo «y de frente para arriba», designando así ese izquierdismo meramente anticlerical que, teniendo razón en muchas de las cosas impresentables que critica de la Iglesia, nunca se ha parado a preguntarse si su reacción ante esos defectos innegables es la que tendría que ser, o si es una reacción cómoda: porque las complejidades siempre son mucho más difíciles que las unilateralidades, y porque les sirve de excusa para descargar adrenalina y eludir la dura tarea de afrontar el problema de sí mismos: quiénes son, para qué quieren vivir y qué posición toman ante las grandes preguntas humanas.

Los he llamado izquierdistas «de cintura para abajo y de frente para arriba», indicando con ello que su izquierdismo no afecta para nada *al tronco humano*, en el que se sitúan el corazón y el bolsillo (que son realmente los verdaderos hogares de una izquierda auténtica). En todo caso, y por lo que hace al

bolsillo, la tecnología económica ya ha hecho posible que no sea necesario llevar la cartera en el bolsillo de la chaqueta: la pequeñez y la comodidad de una tarjeta de crédito hace posible llevarla en cualquier sitio...

*creo que la segunda
legislatura del PP
contribuyó mucho a
aumentar ese temor a la
extrema derecha, y si he
dicho que este grupo puede
tener una importancia
«cualitativa» es porque me
parece que ellos son los que
hacen que, hoy por hoy,
resulte casi imposible para
el PP obtener una mayoría
absoluta, y le resulte
también casi imposible
gobernar en el caso de
resultar el partido más
votado, pero sin mayoría
absoluta: porque no tienen
con quién pactar*

No tengo datos para medir el porcentaje cuantitativo de este grupo y no sé si responde exactamente a la voz que parecen tener. Pero,

aunque estoy intentando describir y no valorar, me parece importante avisar que este tipo de izquierdas baratas pueden acabar significando, a la larga, la perversión y la destrucción total del partido al que votan. Y si no, que venga Pablo Iglesias y lo vea³.

Izquierda posible. Pero, además de ellos, hay otro grupo importante de votantes del PSOE que más que «izquierda barata» cabría calificar como izquierda «posibilista». Son gente con una sensibilidad de izquierdas suficientemente correcta, pero que temen que su voto se perdería en cualquier otro lugar. No comulgan con muchas actuaciones del PSOE, pero lo consideran un mal menor, o la única izquierda hoy posible. Con lo cual no sé si contribuyen a un mal mayor que es la implantación casi definitiva del bipartidismo en nuestro país. Tampoco piensan en la importancia de que el triunfo de la izquierda que desean, no lo sea por mayoría absoluta, sino tal que obligue a dialogar: porque las mayorías absolutas acaban siempre

en dictaduras sin diálogo (y creo que esto lo hemos visto ya por dos veces en nuestro país). O quizás es que están desengañados con razón de las posibilidades del diálogo político en nuestro país: porque éste parece reducirse a una mera «compra de votos» más que a una búsqueda de coincidencias más amplias: «te doy mis votos en favor de algo que no apruebo, a cambio de tales y tales cantidades o favores». Como pasa con el sexo, aquí el diálogo democrático se ha convertido en prostitución.

El mal menor. Finalmente, me parece que hay un último grupo de votantes, no sé si demasiado numérico, pero cualitativamente importante, que son gentes con vocación de «centro». Que votan al PSOE sobre todo por temor al PP, dado que en este partido la extrema derecha y la derecha civilizada andan unidas. Creo que la segunda legislatura del PP contribuyó mucho a aumentar ese temor a la extrema derecha: escribí entonces —con un mal juego de palabras— que más que José María Aznar parecía que nos gobernase «Bush Piñar». Y si he dicho que este grupo puede tener una importancia «cualitativa» es porque me parece que ellos son los que hacen que, hoy por hoy, resulte casi imposible para el PP obtener una mayoría

³ Hablé un poco más de este género de cosas en «La izquierda barata» (en *Migajas cristianas*, Madrid, 1999, pp. 65-69) aludiendo a la expresión «la gracia barata» (de D. Bonhoeffer). También en la «Parábola de Pablo Iglesias» (en *Parábolas, carta y ensueños del rabino Ben Schalom*, Santander, 1987, pp. 24-30).

absoluta, y le resulte también casi imposible gobernar en el caso de resultar el partido más votado, pero sin mayoría absoluta: porque no tienen con quién pactar. O, en todo caso, si lo tienen, habría de ser con los nacionalistas, con la enorme dificultad que esto supone hoy por hoy.

Nacionalismos

El pasado 7 de septiembre, en *El Periódico*, Joseba Arregui criticaba duramente al nacionalismo vasco porque se ha acostumbrado a «sustituir la realidad por la imagen ilusoria que nos hemos hecho de nosotros mismos». Y avisaba de que ésta es una enfermedad casi incurable: porque «la ilusión de creerse Napoleón, sólo se cura mirando la realidad de uno mismo» y los nacionalistas no parecen dispuestos a «la prueba de la realidad».

Es una confesión muy de agradecer por la honestidad y la humildad que supone. Pero, si he de criticarla, me parece que se equivocaba al reducir esa crítica al nacionalismo vasco. Creo que eso es lo que pasa en todos los nacionalismos del tipo y tamaño que sean. Pilar Rahola decía algo no muy distinto en *La Vanguardia*, precisamente el 11 de septiembre. Y, por

lo que hace al nacionalismo hispánico, bastaría con oír las retransmisiones deportivas de RNE que tuvieron su fiasco insigne con las primeras actuaciones de España en el campeonato europeo de baloncesto: de entrada «nos creemos Napoleón»: somos los mejores, y los primeros aspirantes a la medalla de oro, al título de Europa o a lo que se juegue. Sólo que, en deporte, sí que resulta inevitable «la prueba de la realidad», pero sin que ésta acabe de corregirnos.

Generalizada la crítica de Joseba Arregui, cabe decir que estos grupos votan «por la idea» o por la imagen (la que se hacen ellos) de Euskadi, Catalunya o España... Igual que otros católicos votan (o creen votar) «por la iglesia» o «por la religión» y, en realidad, votan por un sentimiento, que puede ser enormemente respetable como todo lo que pertenece al campo de los sentimientos, pero que también debería ser armonizado con la realidad y con la razón. Una vez oí decir que por algo, en el alfabeto, la R (de realidad y de razón) va delante de la S (de sentimiento): no sé si es principio de aplicación universal, pero me temo que, en este caso, sí que valga.

Por lo general, los nacionalismos periféricos, que son los que en

nuestro país reciben tal nombre, no pasan de ser versiones localistas del PP. Y esto hace enormemente compleja la geografía electoral: porque la enemiga contra aquellos que tienen su mismo

*sé que quedan en el mapa
unas minorías que se
autoconfiesan nacionalistas
y de izquierdas; debo
reconocer que quizá no sé
entenderlos; lo que quizá
está por ver es qué pasará si
alguna vez estas facciones
minoritarias se encuentran
con la difícil y compleja
tarea del gobierno*

ADN derechista, es tan cerval como el odio entre hermanos cuando se produce. Ya he dicho que esto es lo que hace casi imposible, para el PP, obtener por pactos una mayoría absoluta.

Sé que quedan en el mapa unas minorías que se autoconfiesan nacionalistas y de izquierdas. Debo reconocer que quizá no sé entenderlos. Una vez, en un artículo en *El País*, escribí que la expresión

«izquierda abertzale» me parecía una contradicción, y recibí una carta indignada de un vasco que, en otros campos, se confesaba lector mío asiduo, pero que en éste decía disentir al cien por cien. Por supuesto, su opinión vale tanto como la mía y por eso la cito. Lo que quizá está por ver es qué pasará si alguna vez estas facciones minoritarias se encuentran con la difícil y compleja tarea del gobierno. A la izquierda abertzale vasca esto no le ha ocurrido todavía. En el caso de ERC esto se ha dado en parte, y mi impresión es que la C de Cataluña se tragó prácticamente a la E de «esquerra», en parte por presión de sus bases, menos razonadoras y más iluminadas (o más inexpertas) que algunos dirigentes.

¿Izquierda desunida?

Los votantes de IU me resultan más difíciles de identificar, entre otras razones porque están bastante dispersos en grupos pequeños, lo que resulta un gran perjuicio electoral para la coalición: porque si CiU consigue un escaño con 3.000 votos, IU necesita 30.000.

Me parece que una diferencia fundamental entre esta izquierda y la facción mejor de votantes del PSOE consistiría en que estos últi-

mos creen que los defectos de nuestra Modernidad son sólo consecuencia de una edad todavía joven, que irá corrigiéndose con el paso del tiempo y conforme «madure» la Ilustración. En cambio, los de IU consideran que, en nuestra Modernidad, hay algo más que poca edad: hay una especie de «pecado original» que exige no meramente completarla, sino en buena parte corregirla⁴. Esto orienta a un tipo de ciudadanos que algunos considerarán «nostálgicos» y otros más bien «fieles» a las verdaderas esencias de la izquierda: aquello que el propio Vázquez Motalbán ironizaba sobre sí mismo: «Dejadme morir como el último comunista».

Debo añadir, como impresión puramente personal, que los dirigentes de la coalición (desde Gerardo Iglesias, Julio Anguita y últimamente Llamazares o Rosa Aguilar) me han parecido siempre personas de las más honradas y de mayor consistencia argumental en nuestro panorama político. Pero han de arrostrar no sólo la injusticia de la ley electoral a que acabo de aludir, sino también la fácil «etiqueta» difundida por esas «ideas dominantes» que, se-

⁴ Remito a *¿Abjurar la Modernidad?*, Cuadernos de «Cristianisme i justícia» n.º 113.

gún Marx, no son más que las ideas de los que dominan: son «comunistas», «totalitarios», «estatistas»... Tales palabras tienen todavía un fuerte poder inmunizador, tanto ante las generaciones mayores de nuestra sociedad, como entre el hedonismo ignorante de las generaciones más jóvenes. Y eso que, en mi impresión, el fundamentalismo anticlerical (repite otra vez: distinto de las mil críticas que, por desgracia, merece hoy la institución eclesiástica) me parece menor en IU que entre muchos psociatas. Quizá salvo en la reciente obsesión por quitar el crucifijo de las escuelas, a lo cual no me opongo⁵, pero que algunos intentan llevar a cabo con esa furia y esa urgencia típicas de la pasión con que se asumen muchas metas sustitutivas, cuando no se puede, o no se sabe, conseguir aquello que verdaderamente habría que hacer.

Finalmente, IU ha de cargar con el peso y la responsabilidad de sus constantes divisiones y peleas, que es incumbencia exclusivamente suya, y que la coalición no ha sabido encarar, no sé si por la

⁵ Ver lo que digo sobre este punto en el libro publicado en colaboración con F. JAVIER VITORIA, *¿Fermento de fraternidad o camisa de fuerza? Presencia evangélica de la Iglesia en un estado laico*, Ed. Cristianisme i Justícia, Barcelona, 2009.

permanencia de una vieja guardia inamovible.

Pero estas consideraciones no afectan al hilo de mi reflexión que era tipificar un poco al votante de cada partido, y temo que aquí –como decía Teresa de Ávila– «mucho me he divertido». Añadamos, pues, para volver al camino, que hay alguna gente que les vota precisamente para que puedan hacer de aguijón ante la tendencia pseudoizquierdista de muchos votantes y militantes del PSOE.

¿El voto cristiano?

Para terminar, alguien preguntará si en este mapa de votantes no hay una región para el voto cristiano. Me inclino a que no. De hecho: porque hay cristianos que votan a cada una de las facciones anteriores; pero también de derecho: porque, si la realidad es compleja e inabarcable en toda su riqueza, mucho más lo es la realidad de Dios, a la que apuntaría el voto cristiano.

Pero sólo «me inclino»: porque hay algo tan radical y tan decisivo en la identidad y en la calidad cristiana, que no debería faltar en el voto de nadie que se considere seguidor de Jesús y creyente en Él. Quizás ese rasgo sea, a veces, de carácter más formal que material:

quiero decir que determinará más *la actitud* con que se vota que *el voto* concreto. Y, para describirlo, lo mejor que conozco es una nota que publicaron las diócesis vascas en octubre de 1982. Allí se le daban al cristiano dos criterios para orientar su voto. El primero, que no voy a comentar, es bien elemental: «conocer los programas», es decir: no dejarse llevar por la demagogia y la mentira escenificada, estilizada y bien diseñada de las campañas electorales. El segundo criterio decía literalmente: «Apoyar a quienes ofrecen mayores garantías de defender *en primer lugar*, en términos realistas (no demagógicos) y con medios democráticos, a los débiles y marginados, sean personas, clases sociales o pueblos... El criterio primordial para el cristiano es hacerse solidario de las esperanzas de los más pobres».

Cada vez que leo o cito este texto pienso lo siguiente: el magisterio ordinario de la Iglesia ha dicho a veces barbaridades y ha cometido errores. Pero lo peor no es eso: lo peor es que cuando el magisterio eclesiástico ha dado más certeramente en la entraña evangélica, es cuando menos caso solemos hacerle los fieles. Y terminaré con un ejemplo impresionante de esta actitud. Pío XI, en la *Divini Redemptoris*, escribió con cierta dureza que

muchos católicos «aparentemente fieles en el cumplimiento de sus estrictos deberes religiosos, luego, en el campo del trabajo, industria, profesión, comercio o funciones públicas, por un deplorable desdoblamiento de la conciencia, llevan una vida contraria a las normas de la justicia» (DR 56). Pues bien: todo lo que quedó (y lo que se me enseñó a mí, hace años) de ese documento es que el Papa «había condenado al comunismo». Preclaro ejemplo de esa «aparente fidelidad» y de ese «desdoblamiento de conciencia». Y nueva razón para entender por qué resulta tan difícil hacer un mapa del voto cristiano: porque sólo Dios sabe quiénes lo son de verdad.

Conclusión

Una de las conclusiones que cabe sacar de estas reflexiones es la estrecha e inevitable vinculación entre política y religión (y al decir esto entiendo al ateísmo positivo como una religión también, igual que la fe en Dios).

En pura teoría no debería ser así: la política es enormemente contingente porque ningún juicio y ninguna actividad sobre lo real puede abarcar la enorme complejidad de la realidad. Pero en la práctica suele ser así por una razón: la política

debe ir unida a la ética, cuanto más unida mejor. La superioridad última de la democracia sobre las dictaduras no radica en que sea más eficaz (a veces lo será, pero otras veces puede no serlo), sino

una buena geografía electoral puede servir a modo de psicoanálisis de cada partido y grupo político, que ayude a sacar a la luz su inconsciente, y a comprender qué es lo que está debajo y qué es lo que pueden significar o pretender muchos de sus gestos y palabras; digamos que puede ayudar a un serio examen de conciencia, tanto personal como colectivo, de los que fueron característicos en la mejor tradición cristiana

simplemente en que es más ética. Ahora bien: toda ética sería reclama para afianzarse algún apoyo absoluto: y ello no sólo por la dificultad de lo real, sino por la perversidad del corazón humano. Pero el apoyo absoluto no pertenece

a la relatividad de nuestra realidad, sino a aquello que está (o parece estar) «más allá» de ella.

De ahí que las tentaciones de políticas-religión sean una constante de la historia humana. Ya los romanos divinizaban a sus emperadores. Un estudio reciente sobre Msr. Lefebvre muestra que, por debajo de su rechazo de la Iglesia y del Vaticano II había una identificación con las opiniones políticas de Maurras y la Action Française, y un rechazo de las de J. Maritain. Como se sabe, Maurras era ateo. Y lo que intentó Lefebvre fue dar un apoyo más absoluto a las tesis del político ultraderechista francés⁶. De ahí también que las tentaciones

de nacional-catolicismo, nacional-hinduismo, nacional-atéismo, serán una constante en la historia humana. Y así podría seguir la cadena de ejemplos.

Por eso, una buena geografía electoral puede servir a modo de psicoanálisis de cada partido y grupo político, que ayude a sacar a la luz su inconsciente, y a comprender qué es lo que está debajo y qué es lo que pueden significar o pretender muchos de sus gestos y palabras. Si no se quiere recurrir a terminologías freudianas, digamos que puede ayudar a un serio examen de conciencia, tanto personal como colectivo, de los que fueron característicos en la mejor tradición cristiana. «Gnothi seautón», «gnosce teipsum», concóctete a ti mismo, es un consejo que está formulado en la mayoría de las lenguas y culturas de la humanidad. Pero que rara vez conseguimos llevar bien a cabo. ■

⁶ Ver el artículo de FL. MICHEL, «Intégrisme catholique et politique», en *Études*, septiembre 2009, pp. 211-222. El autor termina con ironía deseando que los medios integristas sean mejores en latín que en ciencias políticas...